



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 7 de febrero de 2001

La Iglesia, esposa del Cordero, ataviada para su esposo

1. Como en el Antiguo Testamento la ciudad santa era llamada, con una imagen femenina, "la hija de Sión", así el Apocalipsis de san Juan nos presenta la Jerusalén celestial "como una esposa ataviada para su esposo" (Ap 21, 2). El símbolo femenino muestra el rostro de la Iglesia en sus diferentes fisonomías de novia, esposa y madre, subrayando así una dimensión de amor y fecundidad.

El pensamiento va a las palabras del apóstol Pablo, que, en la carta a los Efesios, en una página de gran intensidad, traza los rasgos de la Iglesia "resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada", amada por Cristo y modelo de toda nupcialidad cristiana (cf. Ef 5, 25-32). La comunidad eclesial, "desposada con un solo esposo" como virgen casta (cf. 2 Co 11, 2), está en continuidad con una concepción elaborada en el Antiguo Testamento en páginas dolorosas, como las del profeta Oseas (cc. 1-3) o Ezequiel (c. 16), o a través de la alegre luminosidad del Cantar de los cantares.

2. Ser *amada* por Cristo y *amarlo* con amor esponsal es parte constitutiva del misterio de la Iglesia. En su fuente hay un acto libre de amor que se derrama desde el Padre por Cristo y el Espíritu Santo. Este amor modela a la Iglesia, irradiándose sobre todas las criaturas. Desde esta perspectiva se puede decir que la Iglesia es un estandarte elevado entre los pueblos para testimoniar la intensidad del amor divino revelado en Cristo, especialmente en el don que él hace de su vida misma (cf. Jn 10, 11-15). Por eso, "por medio de la Iglesia, todos los seres humanos, hombres y mujeres, están llamados a ser la "esposa" de Cristo, redentor del mundo" (*Mulieris dignitatem*, 25).

A través de la Iglesia se debe transparentar este amor supremo, recordando a la humanidad -que a menudo tiene la sensación de estar sola y abandonada en las estepas desoladas de la historia- que Dios nunca se olvidará de ella ni le faltará el calor de la ternura divina. Isaías afirma de modo conmovedor: "¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque una mujer llegase a olvidar, yo no te olvidó" (*Is 49, 15*).

3. La Iglesia, precisamente porque ha sido engendrada por el amor, difunde amor. Lo hace anunciando el mandamiento de amarnos unos a otros como Cristo nos ha amado (cf. *Jn 15, 12*), es decir, hasta dar la vida: "Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (*1 Jn 3, 16*). Ese Dios que "nos amó primero" (*1 Jn 4, 19*) y no dudó en entregar a su Hijo por amor (cf. *Jn 3, 16*) impulsa a la Iglesia a recorrer "hasta el extremo" (cf. *Jn 13, 1*) el camino del amor. Y está llamada a hacerlo con la lozanía de dos esposos que se aman en la alegría de la entrega sin reservas y en la generosidad diaria, tanto cuando el cielo de la vida es primaveral y sereno, como cuando se ciernen la noche y las nubes del invierno del espíritu.

En este sentido se comprende por qué el Apocalipsis, a pesar de su dramática representación de la historia, abunda en cantos, música y liturgias alegres. En el paisaje del espíritu, el amor es como el sol que ilumina y transfigura la naturaleza, la cual, sin su fulgor, sería gris y uniforme.

4. Otra dimensión fundamental en la nupcialidad eclesial es la *fecundidad*. El amor recibido y dado no se limita a la relación esponsal, sino que es creativo y generador. En el Génesis, que presenta a la humanidad hecha "a imagen y semejanza de Dios", resulta significativa la referencia al hecho de ser "varón y mujer": "Creó Dios al ser humano a imagen suya; a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó" (*Gn 1, 27*).

La distinción y la reciprocidad en la pareja humana son signo del amor de Dios no sólo en cuanto fundamento de una vocación a la comunión, sino también en cuanto finalizadas a la fecundidad generadora. No es casualidad que en el libro del Génesis se presenten con frecuencia genealogías, que son fruto de la generación y dan origen a la historia en cuyo seno Dios se revela.

Así se comprende que también la Iglesia, en el Espíritu que la anima y la une a Cristo, su Esposo, esté dotada de una íntima fecundidad, gracias a la cual engendra continuamente hijos de Dios en el bautismo y los hace crecer hasta la plenitud de Cristo (cf. *Ga 4, 19; Ef 4, 13*).

5. Estos hijos son los que constituyen la "asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos", destinados a habitar "el monte Sión, la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial" (cf. *Hb 12, 21-23*). Por algo las últimas palabras del Apocalipsis son una intensa invocación dirigida a Cristo: "El Espíritu y la Esposa dicen: "¡Ven!" (Ap 22, 17), "¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 12, 20). Esta es la meta última de la Iglesia, que avanza confiada en su peregrinación histórica, aun sintiendo con frecuencia a su lado, según la imagen del mismo libro bíblico, la presencia hostil y furiosa de otra

figura femenina, "Babilonia", la "gran ramera" (cf. Ap 17, 1. 5), que encarna la "bestialidad" del odio, la muerte y la esterilidad interior.

La Iglesia, contemplando su meta, cultiva "la esperanza del Reino eterno, que se realiza por la participación en la vida trinitaria. El Espíritu Santo, dado a los Apóstoles como Paráclito, es el custodio y el animador de esta esperanza en el corazón de la Iglesia" (*Dominum et vivificantem*, 66). Así pues, pidamos a Dios que conceda a su Iglesia la gracia de ser siempre en la historia la custodia de la esperanza, luminosa como la Mujer del Apocalipsis "vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza" (Ap 12, 1).

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, en especial a los grupos de las parroquias de San Lorenzo, San Andrés y El Esparragal de la diócesis de Cartagena, así como a los chilenos. A todos os deseo que la peregrinación a la tumba de san Pedro y el encuentro con la palabra de Dios sea fuente de abundantes gracias y bendiciones.

(A los participantes en un encuentro, organizado por la Comunidad de San Egidio, sobre el tema "La misión de la Iglesia en el nuevo milenio")

Me alegra que tengáis la oportunidad de confrontar experiencias eclesiales de diversas zonas del mundo, incluso con representantes de otras confesiones cristianas. Deseo a cada uno de vosotros, así como a la Comunidad de San Egidio, que el tesoro de gracia recibido en el gran jubileo se traduzca en renovado impulso de santidad, de testimonio y de compromiso apostólico.

(A un grupo numeroso de la Asociación italiana de trasplantes de hígado, encabezados por mons. Ruotolo, presidente de la Casa Alivio del Sufrimiento, obra del beato capuchino p. Pío de Pietrelcina)

Me uno a vosotros en el deseo de que otros muchos enfermos puedan seguir viviendo gracias a un mayor número de donaciones de órganos.

(A los jóvenes, los enfermos y los recién casados)

Queridos *jóvenes*, superad las inevitables dificultades de la vida cotidiana y con vuestro empeño generoso colaborad en la construcción de un futuro mejor. Vosotros, queridos *enfermos*, sentíos buenos samaritanos de la Iglesia y de la humanidad, siguiendo a Cristo, que lleva sobre sí el dolor del mundo. Y vosotros, queridos *recién casados*, construid día a día vuestra felicidad, como recomienda el apóstol san Pablo, alegres en la esperanza, firmes en la tribulación, perseverantes en la oración y solícitos en las necesidades de los hermanos.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana